ANSILO.

Gemidos llamarás esos placeres
Robadores del alma y sus despojos,
Pues no pueden durar falsos haberes.
Los campos y florestas son abrojos,
Los poblados infiernos no entendidos,
Y el tener y mandar penas y enojos.

PIRON.

¡ Qué es ver, dí, los mineros escondidos
Del oro y de la plata allá en la tierra,
Como son por los hombres conocidos !
Y la fama inmortal que da la guerra,
Dejando con loor los vencedores,
Y el saber allanar un monte ó sierra !
¡ Qué es mirar los retratos y colores,
Con tanta sotileza debujados
Por las manos famosas de pintores !
Pues, luego el mundo en sí tiene encerrados
Misterios y secretos valerosos
Que no pueden por mí ser alabados.

ANSILO.

Aquesos aparatos tan costosos,
Ganados con sudor y gran faliga,
Se tornan á la fin bienes llorosos.
El hombre que pretende humana liga
Desecha lo que es bueno y saludable,
Tomando la virtud por enemiga.
Pues, luego quien pretende el bien estable
El cielo ha de buscar; que no este mundo
Revoltoso, cruel y miserable.
Así qué, con verdad mi razon fundo,
Llamándole traidor, caduco, y breve,
De maldades y vicios un profundo.

Todos holgaron mucho de oir los versos de Piron y Ansilo; y como hubieron acabado, porque era ya tarde, Birtelo se levantó: tomando á Luzmán por la mano lo llevó á un aposento, y allí le dijo que se quedase descansado hasta otro dia. El cual venido, muy de mañana se levantó Luzmán, deseando ver aquella casa toda mas despacio que antes la habia visto. Pues levantado que fué Birtelo, oyeron misa; y luego tomó á Luzmán consigo, y llevóle á una de aquellas tres torres, que dentro della habia hermosos aposentos, y poniéndose sobre un mirador que á un deleitoso soto caia, le dijo:

«Ayer me preguntaste algunas cosas á las cuales no te respondí, y agora quiero responderte á ellas; y así has de saber, que yo, desde los diez y ocho años hasta los veinte y cinco de mi edad, los gasté, como suelen los mozos gastar el tiempo, no mirando mas que á mi voluntad; ceguedad por cierto muy grande en aquellos que así van sin mirar atrás ni adelante; bien que mis padres de nobles costumbres me habian vestido, haciéndome aprender así las letras como la música, dándome yo á la poesía. Pues en este tiempo fuime á Nápoles por ver al rey Sigismundo, que dotado era de muchas gracias; y estando un dia en un verjel del príncipe de Bizinaño, enamoréme de una doncella, con la cual acabé con sus padres que me la diesen por mujer, y ellos concediéronmelo. Pues yo tenia á la sazon un criado, del cual mucho fiaba, y á quien queria mucho, con el cual le habia enviado algunas cartas, y ella me habia respondido antes deste concierto que su padre hizo comigo. Pues viniéndose á concluir mi casamiento, no hubo lugar; porque has de saber que en las idas y venidas qué Lumeno, aquel mi criado, habia hecho, él teniéndome poca lealtad se enamoró della y ella dél y casáronse; y así respondió á sus padres como era casada, de que no poco espanto dió á todos; y fué tan grande mi turbacion en saberlo, que sin ningun sentido fuí partido de mi posada en busca de Lumeno. Y quiso su desventura que le encontré cerca de la posada del padre de aquella mi enemiga; y como le viese, llaméle, y preguntéle diciendo: «dí, Lumeno, ¿es posible ser verdad que te has casado con mi señora Lucrecia? que así se llamaba aquella mi señora.» El con alguna turbacion me respondió: «señor, no te puedo negar la verdad; sepas que sí soy.— ¿Pues cómo pudiste faltarme á la fe y lealtad? le respondí yo.— Porque no fué mas en mi mano, respondió él, que amor y fuerza hacé que los hombres salgan fuera de sí.— ¡Oh traidor, robador de mi alegria, le respondí, y diciendo esto puse mano á mi espada, y aunque se defendió con la suya, le maté. Y á este tiempo Lucrecia se puso á una ventana, y como vido muerto á su esposo, dando mortales gritos, la cerró, y aquel propio dia se mató con un cuchillo. De cuyo hecho gran admiracion recebió aquella ciudad, por ser persona tan principal; y yo luego me volví á Roma, y fué tan grande el aborrecimiento que tomé á las mujeres, que, puesto que hay tantas y tan buenas, determiné de nunca mas me casar: y así anduve sirviendo de capitán al imperio romano por espacio de veinte y cinco años; y como viniese á Roma con un vencimiento y victoria que yo habia habido, recebiéronme con gran triunfo, donde yo estaba en la cumbre de toda fama, haciéndome el emperador Enrique tanta honra como si fuera su igual. Yo podia tanto con él y con la república romana, que hacia todo lo que yo queria, de manera que esta maldita privanza muchas veces daña á los buenos, y despierta á los malos; y así fué que sin causa, ni haber yo acometido cosa que lo causase, antes ayudaba á todos, me levantaron lo que á Escipion, por cuya causa me prendieron, y estuve dos años aprisionado, y al cabo dellos en el senado me mandaron venir, y allí, sabiéndose la verdad, y que maldad habia sido, me dieron por libre. Pues yo entonces me despedí de mis propios naturales, jurando de nunca mas entrar en Roma, ni en otro lugar ninguno, y aunque me rogaron mucho, prometiéndome cargos y dignidades, nunca me pudieron mover: y así yo tenia en este lugar una casa que de mi padre habia sido, con algunas tierras y montes, y viniéndome á ella comencé á edificar; y así hice esta que aquí ves, adonde he vivido hasta agora, porque no quise estar donde á la mentira de un malo se pierda el bueno, como á mí me sucedió, si Dios la verdad no declarara. Y así con los gajes y acostamientos y partes que en la guerra gané, junto con el patrimonio de mi padre, he comprado la renta que tengo, la cual por no tener heredero forzoso tengo ya repartida; y en este lugar después de mis dias he mandado se haga un monasterio, y á otros dejo de mi hacienda, y asimismo á pobres y hospitales. Ves aquí que te he dado breve cuenta de mi vida, y la causa por que aquí estoy: mira si tengo razon, y si he escogido buen estado.»

Luzmán, que con atencion habia estado oyendo á Birtelo, quedó muy maravillado de oirle el suceso de su vida; y todas estas cosas en alguna parte le ponian gran consuelo, conociendo que su mal, puesto que habia sido y era grande, no lo tenia en nada con ver que su señora Arbolea habia sido aquella su voluntad; y todavía tenia esperanza que volviendo á su presencia se doleria dél, y con esto muy alegre respondió á Birtelo: «señor, muy maravillado me teneis de oir lo que me habeis contado; mas grandes mercedes os hizo Dios en daros entendimiento, para saber navegar en esa mar por donde habeis andado, y salir della tanto á vuestra honra, y que al fin hayais repartido y comparado con mucha prudencia los bienes que en esta vida teneis, los cuales tan bien despendidos, verdaderamente deben de ser juntos en aquel lugar, donde jamás se pierde el tesoro ni puede ser hurtado.» Estas palabras y otras de mucho consuelo y de caballero avisado dijo Luzmán á Birtelo, y le contó quién era y la causa por que así andaba, que ya eran pasados cuatro años, y le dijo las grandes cosas y estraños sucesos que habia visto. Birtelo, sabiendo que era caballero, y viendo su persona y gran prudencia, mucho se holgó de haberle conocido; y pasando entre ellos palabras de amistad, porque ya era hora, se fueron á comer, y acabada la comida, levantándose Birtelo, llevando consigo á Luzman, y á Piron y Ansilo, los dos poetas, se metió en su aposento, y allí sentados mandó traer un laud, en el cual Birtelo comenzó á tañer suavísimamente, y á cantar unos versos que así decian:

Aquella es perfeccion que al alma enciende
Ea las obras perfectas y agradables,
Huyendo de las sendas miserables
Do se viene á perder quien no se entiende.
El mundo, ya se sabe que pretende,
Conociendo los hombres ser mudables,
Engañarlos con bienes poco estables;
Mas, dichoso quien dellos se defiende.

Pues, luego con razon huye el prudente
Del mundo viendo en él tantas maldades,
Y todo por subir en mayor honra,
Reinando la codicia locamente
Por querer sustentar mil vanidades,
Las cuales suelen dar mayor deshonra.

Tan bien tañó y cantó Birtelo que Luzmán quedó maravillado; y viendo que habia sido convidarle á él á que tañese y cantase, segun entendia en Birtelo, le dijo: «señor, pues vos me habeis hecho merced en que yo os oyese, yo quiero tañer ante vos, y cantar alguna cosa; bien sé que es atrevimiento, mas hágolo porque os deseo servir.— Mi buen amigo, dijo Birtelo, ganado me habeis por la mano, porque yo no deseaba otra cosa, y no os lo osaba pedir; y así os ruego que, pues vos quereis darnos este contentamiento, canteis alguna cancion antigua á uso de España, que ha muchos años que otra vez oí cantar de aquesta manera.» Luzmán comenzó á tañer, como aquel que maravillosamente lo hacia, y cantar la siguiente cancion:

Tristeza, si te acabares,
Dará fin la vida mia;
Acabarse ha mi alegria
Si se acaban mis pesares
Si tú mueres, yo soy muerto,
Que la tristeza es mi vida:
¿ Quién vido tal desconcierto,
Pues pone el pesar medida
Al bien que vive encubierto ?
Y así por todos lugares
Buscaré tu compañía,
Porque no quiero alegria,
Tristeza, si te acabares.
Cuando de mí se partió
Esperanza y su contento
La fe mas firme quedó;
Mas pudo tanto el tormento,
Que los sentidos venció:
Entonces la vida mia
Entregóse á los pesares,
Y así no quiero alegria,
Tristeza, si te acabares.

Con tanta gracia y suave melodía cantó Luzmán esta cancion, que Birtelo y los dos poetas quedaron maravillados en oirla. Birtelo le dijo: «verdaderamente, señor Luzmán, no es menester alabaros, porque, lo que de suyo está alabado, poco hace al caso gastar palabras en alabarlo. Yo os digo que tienen gran gracia las canciones que en España se hacen.— Así es verdad, dijo Luzmán; mas no se niegue que las cosas de acá no tienen gran autoridad y gravedad en su estilo.» Bien tres meses se detuvo Luzmán con Birtelo, que nunca jamás en todo este tiempo le dejó partir; y al fin abrazándose muchas veces, con lágrimas de grande amor se despidieron y tomó el camino de Roma, en el cual se detuvo algunos dias, porque siempre veia los lugares que le parecian á él haber en ellos algunas cosas que ver; y así llegó una noche, á dos leguas de Roma, á una cabaña de pástores. Y aquí da fin el cuarto libro desta *Selva de aventuras*.

LIBRO QUINTO.

Febo ya hacia el fin de su jornada, cuando Luzmán llegó á una cabaña de pastores; y como llegó á ella vió dos pequeños zagales que aderezando estaban la cena, y á un lado sentado un pastor viejo. Luzmán le saludó, y el pastor á él, y le preguntó si iba á Roma. «Sí, dijo Luzmán, que allá es mi camino; y porque es tarde, no habiendo por aquí poblado, aunque estaba fuera de camino esta cabaña, heme venido á ella; y si dello sois contento, quedaré aquí esta noche y en la mañana me iré.— Yo huelgo dello, dijo el pastor viejo; solo me pesa porque no tengo mas de lo que veis para honraros y haceros mejor tratamiento; mas verano es y tiempo caluroso, cuando mas aplace el campo.— Yo os agradezco, padre, dijo Luzmán, esa buena voluntad:» y luego se sentó el pastor y le comenzó á mirar y viéndole mancebo y de tan buena gracia, le dijo: «yo no sé de dónde nació tantas diferencias y estrañas costumbres, y varios pensamientos como en los hombres hay: unos se van á morir en guerras, otros ó navegar en mar, otros viven robando y matando, otros en juegos, y otros perdido su tiempo en amores, y otros, como vos, que nunca paran por el mundo, québranse los piés, gastan lo que tienen, vense en muchos peligros, pudiéndose estar en sus tierras descansados y á su placer. ¿ Qué es la causa desto, hermano? que por mi fe yo no la entiendo.»

Luzmán se holgó mucho de ver el pastor con cuán reposadas palabras y llaneza, muy contento de sí le proponia y preguntaba aquella pregunta; respondióle diciendo: «habeis de saber, amigo, que cuando Dios crió el cielo y la tierra, á cada uno dió el término y juridicion que le convenia: lo seguro y firme es el cielo, adonde se vive para siempre con eterno descanso: allí no hay mar sino de amar á Dios, ni tierra sino es la humanidad suya, que con la divinidad juntó cuando por nuestro remedio se hizo hombre; y á esta tierra, que acá nosotros poseemos, dejóla para que poseida de hombres en ella trabajásemos, y sin este trabajo no se puede vivir: menester es que unos caminen y otros naveguen, unos rian y otros lloren, unos sean buenos y otros malos, que por esta variedad es la naturaleza mas hermosa: y así, yo voy caminando bien fuera de mi voluntad, por me haber sucedido cosas que á ello me han forzado.— Bien está, dijo el pastor; mas yo no trocaria mi estado por el del rey ni del mas rico del mundo: igual es estarme aquí sentado gozando estos aires, que sin costarme nada el cielo y la tierra me envian, ordeñando mis ovejas, cuya leche como sin el sobresalto que tienen los hombres en esos lugares adonde viven. Gran gusto es subir en aquel monte; allí están saludables yerbas, silvestres árboles, hermosas fuentes cuyas aguas sin costarme nada yo bebo, y por estos llanos oir las aves, y á las veces recostado debajo de algun fresno comer el tasajo y cebolla, la cual sabe mejor que aquellas comidas muy curiosas, que en las casas de los ricos se comen.»

«¿ Eres casado? le preguntó Luzmán.— Dos veces lo he sido, dijo el pastor; mas ya ha dos años que sin mujer estoy, que la muerte me apartó della.— ¿ Y estos son tus hijos? dijo Luzmán.— No son sino mis criados, respondió el pastor, y un hijo tengo, que pluguiera á Dios no lo tuviera.— ¿ Por qué, padre, me dí, le dijo Luzmán; que los hijos, todos cuantos son lo primero que desean son ellos?— Bien has preguntado, respondió el pastor: sepas que no me pesa á mí por tenerlo, que hacienda tengo para dejarle, que hombre rico soy; mas porque fué tal que le faltó la cordura y el entendimiento, no porque loco sea, mas habrá siete años que se enamoró de una pastora, hija de un compadre mio, que allí abajo tiene su cabaña al pié de un arroyo; y ella, dándose muy poco por él, se ha casado habrá seis meses con un pastor, siervo de su padre, y todavía el loco de mi hijo la ama, y nunca sale de entre aquellos árboles que allí parecen, donde tañendo en una zampoña anda diciendo cosas estrañas; jamás viene aquí, ni bastan mis consejos ni los de sus amigos; y así temo que presto morirá: esta es la causa por que desalabo los hijos.»

A Luzmán le vino deseo de ver á Persio, que así se llamaba el pastor, y levantándose dijo que él queria ir á verlo y hablar con él, que podria ser con buenas razones ponerle en razon. El pastor viejo le dijo: «primero quiero que cenes, y luego te irás; mas yo creo que será por demás tu ida;» y luego dió á Luzmán de lo que tenia, y él cenó con él; y habiendo cenado se despidió del viejo, y

se fué acia el arroyo, y como llegase cerca, oyó tañer y cantar, parando cuando cantaba la zampoña que tañia, y luego volvia á ella, y parecia tan bien, que Luzmán se holgó en oirlo. El pastor Persio estaba junto al arroyo, un tiro de ballesta de la cabaña del padre de su pastora; estaba sentado y arrimado á un árbol, y lo que cantaba era lo siguiente:

¿De qué te precias, cruel
Amor, ciego y lisonjero,
Mentiroso y carnicero,
Mas amargo que la hiel,
Tonto, rapaz, palabrero?
Tempestad llena de truenos,
Meson de mil entrevalos,
Perseguidor de los buenos,
Recogimiento de malos,
Cárcel de bienes ajenos.
Monte cubierto de espinas,
Cueva llena de serpientes,
Rejalgar que entre las gentes
Viene envuelto en clavellinas
Para engañar nuestras mentes.
Eres maldito alacrán,
Navaja que mata aguda,
Sombra que presto se muda,
Fuego de crudo alquitrán
Mas amargo que la ruda.
La víbora y escorpion
No se comparan contigo
Oso, tigre, ó leon,
Y así no tienes amigo
Porque no guardas razon.
Cuando te quieren te vas,
Y si no te buscan, vienes:
Mira del modo que estás,
Y las malicias que tienes,
Sin que fenezcan jamás.
¿Quién te dió nombre de amor,
Que no te conviene tal?
Llamárante mal del mal,
Y fuera nombre mejor,
A tus obras natural.
Mas ¿de quién me quejo agora,
Que el amor no es el culpado
Sino mi cruel pastora,
Por quien vivo sepultado
De mi placer matadora?
¿Dónde estás, que no me entiendes?
Y si me entiendes, ¿qué haces?
¿No ves el fuego que enciendes,
Y en ceniza me deshaces?
Luego matarme pretendes.
Si es así, yo soy contento,
Que menos mal es morir
Una vez que morir ciento;
Que ya no puedo sufrir
Vida de tanto tormento.
Verse puede un buey volar
Fuera de humana costumbre,
Y el sol que pierda su lumbre,
También secarse la mar,
O allanarse una gran cumbre;
Antes hablará un leon
O otro cualquier animal,
Aunque es fuera de razon;
Mas no que tenga mi mal
En igual comparacion.

En acabando de cantar el pastor Persio, comenzó á decir: «pues no bastaron servicios para que de mí te dolieses, ni la triste vida que por tí he pasado, duélete agora de ver cuál estoy, que solo me contentaré con que digas que te pesa de verme cuál ando sin sentido. ¡Oh vosotros abismos, abrios y tragadme; los montes y las tierras, cuando yo por ellas fuere, se junten tomándome en medio: muera yo ya, corto de ventura, hombre malhadado; vénguese ya de mí á toda voluntad la mas ingrata y mas hermosa y cruel de las mujeres!» y diciendo esto comenzó á llorar y á sospirar. Luzmán, que cerca dél estaba, se le puso delante; el lugar era apacible, y la noche muy hermosa y clara, y muy bien se podian ver, y díjole: «Dios te dé contentamiento, penado pastor, y te vuelva á entender lo que no entiendes; mira que esos sospiros y lágrimas, que tan sin medida derramas, son ya sin remedio.» Persio, que entendió las palabras de Luzmán y le vió con sus ojos, levantóse muy airado diciendo: «¿quién eres tú que á tal hora á este lugar eres venido? ¿Eres por ventura mi enemigo, robador de mi primera alegría? Tírate afuera, que no quiero paz contigo.—No soy el que tú piensas, dijo Luzmán; antes soy un pelegrino que acerté á venir á aquella cabaña de tu padre y tuya, y dél supe cuál estabas, y cómo estabas, y por qué veniste á este estado: pues mira, Persio, que tus lágrimas y desconsuelos dan la muerte á tu padre, y tú vienes á perderte.—¿Cómo dices que me puedo perder? ¿Hay lugar de mas perdicion que este en que agora me veo, ó por ventura hay ganancia que iguale á mi perdimiento? ¿No entiendes, pelegrino, que allí se gana donde mas se merece, y este merecer se alcanza con penar, siendo el principio de los trabajos?—Bien has dicho, dijo Luzmán, si de ahí se pretende algun fruto, que fin se llame del deseo que el hombre ha pretendido; mas tú amaste y no fuiste amado; tú en tu deseo permaneciste, y al contrario te desearon despedir de la esperanza que tenias; y pues ya no tienè remedio esto, gentil pastor eres, rico y de poca edad, ama en otra parte, y con esto harás lo que debes.—¡Oh, sin entendimiento, hombre de poco juicio, marmota que debe de estar durmiendo, ¿por qué dices que olvide á mí mismo, y deje á quien anda conmigo? ¿Tú por ventura eres sombra de algun salvaje, ó fantasma que de la tierra ha salido? Tírateme de delante, que no quiero oirte;» y como esto dijo, tan lijero como un gamo saltó el arroyo de la otra parte, y corriendo se fué, y dende á un rato le oyó Luzmán que encima de un monte tañia su zampoña; él se volvió á la cabaña del viejo, y le dijo lo que con su hijo habia pasado.

«¿No os dije yo, respondió el pastor, que hablan de aprovechar poco vuestras palabras, porque él está tal, que me parece que el remedio ha de ser su muerte? Dejaldo á Dios, dijo Luzmán, que él es el verdadero médico.» Ahí reposó esta noche Luzmán, y otro dia se despidió del pastor, y se fué la vuelta de Roma, y entró en ella á hora de comer. En esta ciudad anduvo quince dias, mirando muy despacio la nobleza della, y el suntuoso y rico palacio donde el emperador se aposentaba, con todas las otras cosas que de grande escelencia eran, como el Senado, y el Capitolio, y una piedra alta hecha de una piedra llamada el Aguja; y encima della en alto una poma dorada, donde decian estar los polvos de Julio César.

Pues yendo un dia Luzmán paseándose por la ribera del rio Tiber, mirando su hermosura, vió venir asimismo paseando un hombre encima de un caballo, el cual le pareció conocerle; mas luego el hombre que á Luzmán vido mas enteramente, le conoció, y muy presto descendió del caballo, y con los brazos abiertos se vino para él, diciéndole: «oh mi señor Luzmán! ¿Qué ventura os ha traido á esta tierra en tan estraño traje?» Luzmán luego le conoció, porque este era un mercader que en Sevilla habia estado mucho tiempo, gran amigo de su padre, llamado Belcaro: pues como Luzmán le conociese, alegróse mucho, y respondióle diciendo: «no os maravilleis, señor Belcaro, de verme en esta tierra, ni vestido desta manera; pues sabeis que en esta vida á los hombres les suceden cosas, por donde les conviene salir de sus naturalezas; y así ha sucedido á mí.» Belcaro le tomó por la mano, y le llevó á su casa, que rico y principal mercader era; y entrándose con él en su aposento, mandó sacar nobles y ricos vestidos, diciendo: «yo te ruego y suplico, señor Luzmán, te vistas desta pobre ropa mia, y dejes esa que traes, la cual no te conviene, que yo te daré todo el haber que menester hubieres; mira que de voluntad lo hago y no fingido, que mas que esto debo yo á tu padre, que mi señor y amigo fué, y la amistad, cuando es buena y verdadera, no puede ausencia, ni necesidad, ni otra cosa ninguna partirla.» Luzmán viendo con cuánto amor Belcaro le ofrecia su hacienda, túvolo en mucho, y así respondió: «por cierto, señor Belcaro, yo tengo entendido, que lo que vos conmigo haceis es con aquella voluntad y amor que podria recoger el padre al hijo, ó un hermano á otro hermano; y así doy á entender vuestra virtud, dando á la amistad mia la silla que merece, cuyo ejemplo no dejaré en memoria de tenerle firme; mas sabed que yo no he menester al presente cosa ninguna, porque yo al tiempo que partí de casa de mis padres, prometí de no mudar esta suerte de vestido, hasta que á su casa volviese, y así tomé tanto haber que me bastará hasta que torne; y así te agradezco mucho tu buena voluntad, y siempre te seré obligado.» Como Belcaro conoció la voluntad de Luzmán, no quiso importunarle mas de aquello que conoció dél que con mas se contentaba, y así le tuvo en su casa; y como fuese hombre principal, por su causa vió Luzmán las mejores cosas que en Roma habia, haciéndole mostrar las reliquias de san Pedro, con otras muchas que en la ciudad habia.

Pues ya era pasado un mes que con Belcaro andaba, cuando una noche le dijo: «amigo y señor, quiéroos llevar á casa del cardenal Juliano, el mas principal que agora hay en Roma, y mas rico hombre, muy amigo de habilidades; el cual ha un año que no sale de su palacio, porque ha estado muy enfermo, y por alegrarle sus mismos criados, que muchos y muy discretos tiene, así en habilidad de poesía como en la música, le suelen hacer muchas representaciones, y él tiene para esto en una gran sala hecho un teatro á manera de coliseo, donde se le representan; y esta noche me ha mandado avisar, porque es grande mi señor y amigo, que hay una representacion; pues si dello

sois contento, vámosla á ver.» Luzmán con gran placer le respondió que holgaba mucho dello; y así se fueron á casa del cardenal, donde ya estaba todo aderezado, y habia muchas damas y caballeros, y algunos cardenales. Pues Belcaro fué muy bien recebido, y dijo al cardenal quién Luzmán era, por lo cual le honró mucho. Pues habiendo dado á todos maravillosa colacion, sonando muchos instrumentos, salió encima del teatro la Muerte feroz, en la mano un arco y saeta, la cual con voz temerosa, comenzó á decir así:

¿Hasta cuándo estareis, hombres mortales,
Durmiendo sin pensar en vuestra vida,
La cual gastais en obras mal gastadas?
¿Pensais que por ventura el mundo es hecho
De obra perdurable como el cielo?
Mirad que no es así; que ha de acabarse
Y vosotros también, hombres salvajes,
Mas brutos que los brutos animales.
¿Podrá alguno decir que es infinito,
O que tiene poder de defenderse
De mi saña cruel, cuando me enojo?
Si alguno lo dijere, burla en ello,
Que á Dios acometí en cuanto humano
Y la muerte le di muy dolorosa:
Lo mismo hago á todos cuantos viven
Y á cuantos nacerán de humanas madres.
Así que, conoced, fuertes romanos,
Que yo me llamo Muerte y soy aquella
Que Rémulo maté, también su hermano,
Y al César derribé de su potencia,
Con todos los demás que habeis tenido
Por amparo y remedio en vuestra patria.
Yo quito la belleza y hermosura,
Y salteo la edad mas florecida,
Y derribo el contento á quien le tiene.
De mí el esconderse es escusado:
Que al fin he de hallar á quien se esconde:
Sé todos los lugares y poblados,
Los castillos, y villas, y ciudades,
Los bosques y montañas con sus cuevas,
Los golfos de la mar y sus riberas;
Y así contino estoy en cualquier parte.
Pues quiero que sepais que soy venida
A deciros que esteis aparejados,
Que no podreis saber el punto y hora,
Cuando querré venir á derribaros.
Venced aquese cuerpo, y guardá el alma,
Que ella ha de reinar eternalmente
En lugar do jamás se encierra muerte,
Ni se puede hallar pesar ninguno;
Por lo cual os aviso uno á uno
Procureis las virtudes y sus ramas
Dejando vanidades, pompas, famas
Deste mundo cruel, falso, importuno.

Acabando la Muerte de decir estos últimos versos, se metió por una puerta, y luego sonó mucha música con diversos instrumentos, y después salieron dos mujeres, la una muy hermosa, y la otra en estremo fea, entre las cuales, alabando la una la hermosura y la otra defendiendo la fealdad, pasaron las siguientes razones:

JULIA.

Camila, ¿qué te parece,
Así Dios te dé ventura,
De mi mucha hermosura,
La cual contino florece?
Soy tenida
Por una rosa florida
De los hombres tan preciada,
Que por mí tienen en nada
Poner el alma y la vida.

CAMILA.

Siempre, Julia, te preciaste
De soberbia y presuncion,
Y esta mala condicion
Con la leche la mamaste.
Y es así,
Que quieres loarte á tí
De hermosa y muy querida,
Pensando que esa herida
Me dará la muerte á mí.

JULIA.

¡Oh fealdad, sepultura
De miserable dolor,
Enemiga del amor,
De su descanso y holgura!
Yo no vea
En mí muerte cosa fea;
Que fealdad, segun siento,
Es ver la muerte en el viento,
Vestida de su librea.

CAMILA.

Un anillo muy preciado
Con una piedra estremada
Queda mejor engastada,
si de negro es esmaltado.
Y la tierra
Morena, que dentro encierra
La simiente en el verano,
Es mejor y da mas grano
Contra el invierno, y su guerra.

JULIA.

Si mis hados permitieran
Faltarme buen parecer,
Luego me fuera á meter
Donde gentes no me vieran.
Tú naciste
Para vivir siempre triste,
Pues mejor te hubiera sido,
Camila, no haber nacido,
Pues beldad no mereciste.

CAMILA.

Entre todas las colores
Tiene lo negro valor,
Y digo questa color
Es amada entre señores:
Que en verdad,
Es color de honestidad,
Hábito noble y honesto;
Y quien contradice aquesto
Vive en muy gran ceguedad.

JULIA.

Cuando al espejo me miro,
Viendo mi belleza allí,
Luego sospiro por mí,
Que por otro no sospiro.
Porque veo
La lindeza que poseo,
Blancura, gracia y color,
Y así vencida de amor
A mí misma me deseo.

CAMILA.

Tú piensas en tu interés,
Porque no guardas razon;
Mejor lo hace el pavon
Cuando se mira á los piés;
Pues deshace
La rueda que mas le place;
Y así consiste el saber
Cuando se sabe entender
El mundano en lo que hace.

JULIA.

Cuando peino mis cabellos,
Como son madejas de oro,
Algunas lágrimas lloro
Muy enamorada dellos;
Y mi cara
Que parece fuente clara,
Dame sobrada alegría,
Y así soy, hermana mia,
Del amor su propia jara.

CAMILA.

Yo tengo negros cabellos,
Y mas negros los quisiera,
Pues de rubios no se espera
Sino poner gloria en ellos.
¡Oh locuras
De mundanas criaturas!
Pues haz tú cuanto quisieres,
Que á la fin cuando murieres,
Podrá ser partirte á oscuras.

JULIA.

No sé por qué te casaste.
¿Dónde estaba tu sentido?
¿Cómo vive tu marido,
Que luego no le mataste?
Que en te ver,
Pensando que eras mujer,
Venia el triste engañado
Para llorar su pecado
Fuera de todo placer.

CAMILA.

Ya veo que vas errada,
Pues de contino lo estás;
Y mas de que no serás
En ningun tiempo casada.
Que en pensar
Como se tienen de amar
Mil locos llenos de amores,
Acometes mil errores
Sin pensarte de enmendar.

JULIA.

Para eso soy nacida
Y en este mundo criada,
Tan hermosa y agraciada
De mil gracias guarnecida;
Que á no sello,
Me trasquilara el cabello
Y de sayal me vistiera,
Y á los desiertos me fuera
A vivir como camello.

CAMILA.

Yo tengo contentamiento
Porque vivo descuidada;
Ni amo, ni soy amada,
Ni pongo en amor mi intento;
Que ese amor
Es ofender al Señor;
Solo amo á mi marido,
Y en eso pongo el sentido,
Que lo demás es error.

JULIA.

Pues él no te podrá amar,
Que lo feo es desamado;
Andará disimulado
Por no te desesperar.
Mira el cielo
Cómo da gracia y consuelo,
Cuando tiene claridad,
Y en viniendo escuridad
Llora la gente del suelo.

CAMILA.

No aciertas en cosa alguna
Mil errores has hablado:
¿Tú no sabes que el nublado
Hace mas clara la luna?
Que encubierta
Tiene cerrada la puerta;
Y en quitando el negro velo
Queda mas hermoso el cielo
Y ella con luz descubierta.

JULIA.

Yo te demando perdon,
Si algun enojo te he hecho;
Y á fe que me ha satisfecho
Tu buena conversacion.
Bien haremos
Que en mi casa nos entremos,
Que cierto te quiero dar
Mil cosas á merendar
Y luego nos abracemos.

CAMILA.

No tengo mas que te diga,
Porque yo no sé fingir,
Ni se debe de mentir
A la verdadera amiga.
Y en verdad,
Que con mucha voluntad
Te he querido como hermana,
Por eso de buena gana
Parezca nuestra amistad.

A este tiempo abrazándose estas dos mujeres, se entraron por una puerta que en el teatro se abrió, y luego por otra salieron siete doncellas, vestidas de hermosas sedas, con guirnaldas de flores en las cabezas, y en las manos diversos instrumentos, tañendo en ellos y cantando suavemente; y en medio dellas venia el Amor desnudo, con su arco y flecha en la mano, tapados los ojos: traian todas estas doncellas, cada una encima de sí escrito su nombre, las cuales eran los siete pecados mortales. Al mismo tiempo salieron por otra puerta otras siete doncellas, vestidas de blanco, salvo que los tocados eran de diferentes colores: traian al cuello cadenas de oro, y escritos sus nombres; representaban las siete virtudes. Venia en medio dellas el Amor divino, vestido de una ropa de seda morada, cubierta de estrellas de oro, el rostro descubierto, con una guirnalda de laurel, y en la mano un arco dorado, y una flecha. Luego las primeras doncellas, parando de tañer todas, y asimismo las segundas, una dellas que representaba ser la Soberbia, comenzó tañendo y cantando á decir así:

Entre todas mis hermanas
Yo tengo silla real
Como la mas principal.
Yo pude tanto en el cielo
Que al primer ángel eché
De su gloria, y lo abajé
A las entrañas del suelo;
Yo levanto en alto vuelo
Toda soberbia mortal
Como la mas principal.

En acabando de decir este villancico la Soberbia, luego, de la otra compañía, respondió otra doncella que representaba la Humildad, muerte y vencimiento deste pecado; y así tañendo y cantando comenzó á decir así:

Quien se humilla, se levanta
Con grandeza, ser y estado,
Dando la muerte al pecado.
Por la humildad descendió
El Redentor soberano
Del cielo, y se hizo humano,
Y así la muerte venció:
Quien de humildad se vistió
Nunca de Dios fué olvidado,
Porque dió muerte al pecado.

Luego callando esta doncella de las primeras, comenzó á tañer la segunda, la cual era la Avaricia; y con suave voz comenzó á decir, callando todas las otras, la siguiente cancion:

Llena de mortal codicia
Mis bienes nunca los di
Por no quitarlos de mí.
Jamás no quise fiar
De ninguno con sospecha;
Tengo mi mano derecha
Muy apretada en el dar;
Quien me viene á demandar
No espere que diga sí
Por no quitarlo de mí.

Luego que acabó la miserable Avaricia de alabar su yerro, la Largueza, que en la segunda escuadra de las virtu-

des estaba, tañendo con suave voz, comenzó á decir así :

De los bienes temporales,
Humanos, habeis de dar
Los que os pretendeis salvar.
No huyais de la largueza,
Hombres, con vuestros hermanos;
Que esta es la ley de cristianos,
Dar socorro á la pobreza :
No fieis de la riqueza,
Que se tiene de acabar,
Los que os pretendeis salvar.

Como acabase la Largueza de responder á la Avaricia, luego comenzó á tañer y cantar la tercera doncella que representaba la Lujuria ; y lo que decia era lo siguiente :

Yo de la carne soy hija,
Regalo y contentamiento
Del apetito hambriento.
Yo tengo tanto poder,
Que traigo el mundo tras mí,
Y él muy contento de sí
Hace todo mi querer;
Yo soy la que doy placer
Con el vicio que sustento
Al apetito hambriento.

Como acabó esta doncella de cantar, la cual representaba la Lujuria, luego la Castidad, virtud contra este pecado, cantando y tañendo le respondió desta manera :

Yo soy la que resplandece
En pura virginidad ;
Y así guardo mi bondad.
No pretendais, pecadores,
Ser por la carne guiados;
Y si sois della tentados,
Refrenad vuestros ardores,
Poniendo vuestros amores
En sola la castidad,
Si quereis tener bondad.

Como acabó esta virtud de responder á la Lujuria, luego la cuarta doncella, que representaba la Gula, comenzó á tañer, y á decir desta manera :

Yo doy á comer manjares
Con que levanto el sentido,
Y á muchos vicios convido.
En mi mesa están sentados
Todos los hombres del mundo;
Porque sabed que me fundo
En tenerlos regalados :
Dóiles carnes y pescados
Con vino de amor cocido,
Veis aquí cómo convido.

Como la Gula acabó, la Abstinencia, cuarta doncella de las virtudes, contra este vicio comenzó á tañer y á responder lo que se sigue :

Yo puedo poner compás
A los gustos escesivos
Con manjares mas altivos.
Estas comidas, mundanos,
Son del cuerpo muerte dura ;
Abstinencia es gran cordura,
Sabedla guardar, cristianos,
Que en los cielos soberanos
Hallareis consuelos vivos
Con manjares más altivos.

Como acabó esta virtud, luego la quinta doncella, que la Envidia representaba, vicio perverso en la humana naturaleza, comenzó á tañer y cantar así :

Por mi causa murió Abel,
Y el mundo está carcomido
De un deseo no entendido.
De nadie sé bien decir ;
Mis ojos son envidiosos
Por riquezas deseosos
Para comer y vestir;
Nunca me suelo reir,
Porque ocupo mi sentido
En un ser nunca entendido.

En acabando de cantar este vicio, que representaba la Envidia, luego la quinta virtud, matador deste pecado, comenzó á tañer y decir desta manera :

En lo mas alto del cielo
Tengo lugar y morada
De victoria coronada.
Quien de mí vive apartado
No se salvará jamás ;
Pues, hombre, mira que estás
Muy metido en tu pecado:
Vence tu cuerpo malvado,
Porque el alma desculdada
No puede ser coronada.

Como acabó de responder la Caridad al vicio de la Envidia, luego la sesta doncella, que representaba la Ira, en alta voz comenzó á tañer y cantar, diciendo así :

No puedo tener paciencia,
Ni lo consiente razon
Segun mi gran presuncion.
Humanos, no consintais
De nadie ser injuriados ;
Qué si no quedais vengados
De la honra os abajais :
Entonces gloria alcanzais
Cuando busca el corazon
Con ira la presuncion.

En acabando de hablar esta doncella, luego la sesta virtud, llamada Templanza, vencimiento de la Ira, comenzó á tañer y á responder desta manera :

Quien no supiere templar
Su reloj mal concertado,
Siempre vivirá en pecado.
Es vicio de Lucifer
El pecado de la ira,
Porque al ánimo le tira
Su grandeza y merecer:
Quien no quisiere entender
Lo que merece el templado,
Siempre vivirá en pecado.

Como acabó la Templanza de contradecir la Ira, superbo vicio, luego la última doncella, que era la Pereza, comenzó á tañer y á cantar lo siguiente :

Yo soy la mas regalada
Del mundo, y la mas querida,
Y la menos entendida.
Yo duermo en viciosa cama,
Porque no me sé mover
Sino á cosas de placer
Cuando la carne me llama ;
No voy pretendiendo fama,
Sino reposo en la vida,
Por no ser nunca entendida.

En acabando esta doncella, llamada la Pereza, luego la última de las virtudes comenzó á responder suavemente, tañendo y cantando desta manera :

Quien no mirare por sí
En este vivir pequeño,
Pasará su vida en sueño.
Con divina diligencia
El hombre busque el camino
Perfecto, santo y divino,
Si pretende la clemencia :
Quien deja la penitencia,
Como el animal sin dueño
Pasará su vida en sueño.

En acabando esta virtud, que Diligencia era llamada, contraria del vicio de la Pereza, de decir esta cancion, luego salió el Amor de entre las siete doncellas, las cuales todas se juntaron á una parte; y asimismo de entre las virtudes salió el Amor divino, y entre los dos comenzaron el siguiente razonamiento hablando el uno y respondiendo el otro; y el primero que comenzó fué el Amor humano diciendo desta manera :

AMOR HUMANO.

Yo soy el dios de Amor famoso y fuerte,
Engendrado en la mar de aquella diosa
Que Venus ha por nombre, tan altiva;
Yo tengo gran poder sobre la tierra,
Y venzo con mi mano, y doy heridas
A todos los mortales cuando quiero;
Pues estad muy alegres, mis hermanas,
Y no tengais temor que nadie pueda
Enojaros jamás; pues yo soy vivo,
Y ando entre vosotras siempre armado.

AMOR DIVINO.

¿Qué dices, falso Amor? ¿por qué te alabas
Con soberbia cruel sin entenderte?
Responde, engañador: ¿de quién te fias,
Pues todo lo que haces es sin tiento,
Engañando las gentes con mil vicios?
Pues, hombres, entended la maldad deste,
Y volved vuestros rostros á mi rostro;
Que yo soy el Amor santo y divino,
Por quien vencido Dios vino á la tierra
A dar muerte á la muerte y destruirla;
Y aquesta es la verdad, y así se crea;
Lo otro es falsedad y gran mentira,
Si es dicho del amor carnal, mundano.

AMOR HUMANO.

Yo soy vida y solaz del mundo triste,
Y es grande mi poder sin ser vencido
De ninguno jamás; mas antes venzo
A todos cuantos quieren defenderse;
A los reyes derribo de sus sillas
Haciéndoles sentir amargos gustos;
Yo hago á los fuertes ser muy flacos,
Y levanto también los temerosos;
En los campos estoy entre las flores,
Y dentro de la mar hiero á los peces;
En los bosques me halló entre las peñas,
Y en las selvas metido entre las aguas,
Por mí cantan las aves mil canciones,
Y van los animales dando gritos,
Y lloran los pastores por las breñas
Diciendo con sospiros mil cantares,
Tornando su rudeza en alto estilo;
Pues luego ¿quién se puede en esta vida
Alabar como yo puedo alabarme?
Ninguno, pues yo soy Amor humano.

AMOR DIVINO.

Yo destierro y deshago la mentira,
Y levanto sin alas á gran vuelo
A los hombres que justamente viven,
Haciéndoles gustar divinas cosas.
Aquello que prometo nunca falta,
Y si una vez lo doy, jamás lo quito,
Y soy santo, eterno, puro y fuerte;
Por eso piensa Amor, que no eres nada,
Y es poco tu valor lleno de engaños;
Y así se ha de crecer sin poner duda,
Pues viendo la maldad que tanto reina,
Acordé de bajar con mis hermanas
A dar aviso cierto de tal daño
Que tú tienes sembrado por la tierra.

AMOR HUMANO.

Yo no tengo temor de cosa alguna;
Hermoso y rico soy, en todas partes
Mi nombre se conoce alegremente;
A David le vencí con mi potencia,
Haciéndole hacer cuanto yo quise;
También á Salomon, siendo prudente;
Lo mismo fué Sanson por mí vencido,
Con todos los demás que son pasados;
Pues mira cómo soy de eterna fama,
Y así puedo llamarme poderoso.

AMOR DIVINO.

Y ¿quieres igualarte, siendo ciego,
Conmigo, que en el ver al lince paso
Y á todos cuantos ven lo qué es posible?
Por cierto, gran error es tu locura.

AMOR HUMANO.

No consiento ni quiero que ninguno
Me piense de usurpar mi señorío,
Pues tengo posesion de tantos años;
Por eso vuélvete muy prestamente
Al lugar do partiste, si no quieres
Que te hiera y lastime con mi flecha.

AMOR DIVINO.

No tienes tú poder para ofenderme;
Es la tierra que pisas de otro dueño;
Y en ella tengo yo entera parte.
Los hombres son aquellos que no entienden
La ganancia que está en mí escondida;
Así que, pues no entiendes el sujeto,
Yo quiero castigar tu falso intento;
Por eso, falso Amor, rindete luego,
Que no puedo sufrir tu desmesura.

AMOR HUMANO.

¡Ay Amor! yo conozco tu potencia
Y el gran poder que tienes en tus manos;

Yo me doy ante ti por muy rendido;
No quieras pues de mí mayor venganza
Que verme á tus piés tan derrocado,
Lo cual nunca pensé jamás de verme.

A este tiempo, que el Amor divino hizo muestra de flechar el arco contra el Amor humano, él se rindió poniéndose por el suelo; y entonces el Amor divino llegóse á él, y quitándose una cadena de oro que al cuello traia, se la echó al Amor en señal de preso; y á este tiempo movieron las virtudes tañendo y cantando dulcemente contra los siete vicios; y ellos asimismo pareciendo que de las virtudes huian, asimismo tañendo y cantando, comenzaron á hacer hermosas mudanzas; y quitándose las cadenas que á los cuellos traian, se las echaron á ellos, y, como que iban presos, con hermoso concierto de música se salieron del teatro, y así se dió fin á esta representacion. Luzmán y Belcaro se volvieron muy contentos de lo que se habia hecho. Pues así vido otras cosas Luzmán en Roma; y pareciéndole que ya era tiempo, acordó de irse á Nápoles, y despidiéndose de Belcaro que mucho sintió su partida, tomó la derecha vía de Gaeta, porque por allí determinó de hacer su camino y ver aquella ciudad; y así anduvo tanto que llegó á ella, y fuése á una posada de una honrada dueña, y ahí reposó algunos dias descansando y viendo aquella ciudad. Y aquí da fin este quinto libro.

LIBRO SESTO.

Estando Luzmán en esta ciudad de Gaeta, vino á su noticia de un hombre natural morador della, llamado el rico Argestes, el mas estraño en la vida de cuantos por gran tiempo fueron mentados en estrañas costumbres. Pues deseando mucho hablar con él, procurólo con toda diligencia, y ocho dias anduvo que nunca pudo cumplir su deseo; porque este avariento, que tan rico era, jamás salia de su casa sino era las fiestas á oir misa, y luego se volvia á ella; y esto tan de mañana, que apenas era visto de todas gentes, porque huia de la conversacion de los hombres. Pues como Luzmán tanto lo desease, determinó de ir á su casa, y así lo hizo con una nueva astucia, y llamando á una puerta, se paró á una ventana una mujer vieja, y le dijo: «¿qué buscas, pelegrino, que tú eres el que ya otras veces aquí has venido? — Es verdad, respondió Luzmán, mas has de saber que yo no me puedo partir desta tierra sin hablar al señor Argestes. — No puedes, dijo la mujer ahora hablarle, espera cuando de casa salga, y allá le hablarás. — Si esperaré, dijo Luzmán, pues te digo que no me puedo ir sin hablarle; y sepas que es cosa de gran provecho suyo, y que mucho le va en hablar conmigo.» Argestes que escuchando estaba lo que Luzmán hablaba con su sierva, y oyó decir que era cosa de su provecho, púsose á la ventana, y dijo á Luzmán que le dijese lo que le queria. — Hazme abrir, dijo Luzmán, que es cosa que conviene decirtela á tí solo.»

Argestes entonces mandóle abrir, y Luzmán subió á una pequeña sala tan mal compuesta y pobre, que se maravilló, habiendo oido decir que este era el hombre mas rico que habia en cien leguas á la redonda; y era verdad, que pasadas de veinte arcas tenia llenas de moneda de oro y plata, porque su padre habia sido el mayor mercader que en gran parte se hallaba, y por tierra y por mar ganó grandes riquezas, el cual nunca compró heredades ni posesiones, sino todo cuanto podia era guardar dineros. No fué tan estraño como este su hijo, aunque fué muy miserable. Pues cuando Argestes se vió solo con Luzmán, cerrando él mismo su puerta se sentó sobre un banco, y hizo sentar á Luzmán, y díjole: «dime agora á lo que eres venido, y no tardes mucho, porque tengo que hacer. — Argestes, dijo Luzmán, has de saber, que yo no te vengo á demandar cosa ninguna; que aunque vengo en este hábito soy caballero, y traigo conmigo lo que he menester; mas es mi condicion andar á ver las cosas del mundo que mas estrañas son; y una de las que mas admiracion me han dado, fué oir decir de tí; pues siendo tan rico hombre, haces la vida del mas pobre y miserable que en la tierra hay. — ¿Quién te ha dicho á tí que yo soy rico? dijo Argestes, que no me tengo yo por tal, que para tan larga vida ¿qué se puede tener que no sea poco? — ¿Vida larga llamas tú á esta, dijo Luzmán, pudiéndose acabar agora ó mañana, ó á lo mas largo veinte ó treinta años? — No hago caso deso, dijo Argestes, que mientras vivo menester he lo que tengo; pues vale mas que me sobre que no que me falte para pedirlo á ninguno.—Cómo estás tan solo? dijo Luzmán. A lo menos no ternias gentil casa como á tí conviene, y criados con quien pudieses vivir honrado? — Déjate deso, dijo Argestes, que para un solo hombre bástame esta casa; y esas galas y ricos paños nunca holgué con ellos, ni menos me agradaron criados, que ya sabes que son enemigos forzosos, y con ellos viviera sospechoso, no sabiendo de quién me debiera fiar; y por no tener esa congoja y gastar con ellos mis dineros, me estoy de la manera que ves. — Pues dí, respondió Luzmán, ¿cómo nunca te has casado? ¿No fuera buen tener mujer, y esa te regalara, diérate Dios hijos, á quien pudieras dejar lo que tienes? — Ya fuera muerto, dijo Argestes, si eso que dices hubiera hecho, ó estuviera tan pobre que nadie me conociera. ¿No sabes tú que las mujeres cada dia buscan nuevas galas, estrañas invenciones, y nunca se contentan? Después desto, la congoja de sus parientes, sin otras que ellas saben acarrear al hombre; pues hijos, no desean otra cosa sino la muerte de sus padres, por gastar en un dia cuanto ellos han guardado y ganado en muchos años; yo te digo que no quiero otra mujer ni hijos, ni criados, sino son aquellos que oyes dar gritos por salir donde yo estoy.»

Decia esto el avariento Argestes, porque tenia cuatro feroces perros, los cuales le guardaban su casa, y á la sazon los tenia encerrados y ladraban fuertemente. Luzmán, maravillado de tan desventurado hombre, le replicó diciendo: «¿cómo puede ser que á lo menos no tengas amigos, que me dicen que no los tienes? — ¿Para qué los he menester, dijo Argestes, pues ellos muchas veces hacen ser pobre al hombre? ¿Quién seria mi amigo, que no fuese por engañarme ó pedirme de lo que tengo? Y si lo diese, desharia mi hacienda, y vernia á ser pobre; y si no les quisiese dar, serian mis enemigos, y así desta manera no tratando con ninguno, estoy como Neron cuando dijo que no tenia amigo ni enemigo. — Hanme dicho, dijo Luzmán, que jamás ninguno te ha visto reir: ¿de qué puede venir tan estraño estremo?—Pues ¿por qué quieres que me ría, dijo Argestes, que no tengo ningun contentamiento sino es cuando esos pocos dineros que tengo los meneo con estas manos, y me revuelvo algunas veces en ellos, revolviendo mi rostro por el oro y plata que tengo? Allí hablo con ellos, y formo mujer y hijos, parientes, amigos y criados, y fuera de allí no es en mi mano dejar de llorar, porque no tuve tantas riquezas que pudiera con ellas sembrar los campos, y que me quedaran muchas mas, de ma-